

## TITA, MI MAESTRA

AMALIA ATTOLINI LECÓN  
Dirección de Etnohistoria, INAH

Hablar de Tita merece un punto y aparte. Hablar de Tita como maestra remite necesariamente a recuperar esa época de oro de la Antropología cuando se le concebía como un todo integral, nuclear, fundamental como ciencia madre de donde se derivaban sus ramas, las especialidades como diferentes expresiones de hacer antropología. Por lo tanto en la ENAH, para entonces ya mudada de Moneda al Museo la Antropología, se impartía como tronco común. Así Tita formó parte de aquel cuerpo de grandes y sabios y queridos maestros junto con Jaime Litvak, Leonardo Manrique, Barbro Dahlgren, Carlos Navarrete, Jana Faulhaber, José Luis Lorenzo, Beatriz Barba, Mauricio Swadesh, Pedro Bosch-Guimpera, Román Piña Chan, Wigberto Jiménez Moreno, Jorge Angulo, Eduardo Blanquel, Ferré d'Amaré, Juan Comas, Felipe Montemayor, Noemí Castillo, Miguel Mesmacher, Ángel Palerm, Julio Cesar Olivé y otros tantos que por el momento se me escapan.

Tita maestra de esa hornada formadora de una escuela y de una nueva corriente que miraba hacia el Norte, nos regaló con varios cursos.

Corrían el año del 68 cuándo nuestra generación disfrutaba de sus conocimientos y su vitalidad, ahí estábamos puntuales a las tres de la tarde en ese salón de la esquina lleno de sol que hoy ocupa nuestro centro de trabajo: la Dirección de Etnohistoria, adonde por cierto, Tita en su regreso al DF vino a formar parte como investigadora emérita enriqueciendo la planta de investigadores.

Mi generación de la especialidad de arqueología estaba conformada por brillantes investigadores: Patricio Dávila, Diana Zaragoza Ocaña, Eckart Boegue, Wanda Tommasi, Jean Pierre Laporte, Manfred Reinhold, Joaquín García-Bárcena, Enrique Méndez, Gonzalo López, Roberto Reyes Mazzoni y algún otro esquivo a mi memoria, ahí estábamos aprendiendo de sus acaloradas clases que iban impregnando en nosotros la cultura de los cazadores-recolectores, de los nómadas y sedentarios y de aquellas manifestaciones que ocurrían al otro lado de Mesoamérica.

Para el examen final repartía temas relativos a alguna cultura en específico que cada uno debíamos desarrollar

en clase y no faltaba el detalle antropológico como cuando Enrique Méndez se lanzó al patio ataviado propiamente y nos bailó la *Danza del Venado* con tambores y todo.

Pero Tita no se restringía a la teoría y en temporadas de campo que tenían por escalas: Querétaro, San Luis Potosí o Zacatecas, nos llevaba a que conociéramos el norte de Mesoamérica, para que entendiéramos y sintiéramos de qué se trataban la biodiversidad geográfica y las manifestaciones culturales. Y cómo no, si en el mismísimo terreno, *in situ*, nos mostraba cómo la planta de la gobernadora marcaba la frontera palpable del límite que Kircchoff y Jiménez Moreno habían dibujado en su famoso mapa, efectivamente junto con la gobernadora se iban dando cambios en el paisaje y así nos iba enseñando cómo los sitios tenían su propia personalidad y nos hablaba de la gente que los habían construido, gente de carne y hueso, de cómo hacían la vida aquellos que malamente algunos consideraban bárbaros.

Tita: Subvertiste muchas cosas pero una de ellas fue el modo de entender el Norte, ¿cómo olvidar tu insistencia para que se tomara como punto de referencia a México y no a Estados Unidos en el nombramiento de aquellas regiones como norte y noroeste de México y no sur y suroeste de Estados Unidos! Faltaba más!

En tus últimos años, vividos dolorosa y apasionadamente, guarecida por tus libros, tus papeles, te mantuviste en el estudio, la investigación y la sorpresa. Defendiste tus ideas con coraje, te diste el lujo de hacer otro doctorado en arquitectura.

Tita, nunca cupiste en la estrecha jaula de las convenciones, tu primer y último apego fue ser tú misma, viviste y moriste como se te dio la gana. Insumisa, implacable, rebelde, independiente, subversiva, irredenta, así te recordaré. Un día cualquiera se achicó tu vida y decidiste irte al lugar del sosiego, cruzando los aires a galope tendido.

Tita chalchihuite del desierto, señora del norte, Tita querida, aquí estás entre nosotros. Aquí estamos nosotros, los tuyos para honrarte. 🍷